

RODRIGO FÁEZ

La mochila lo es todo



Crónicas
de un periodista
hiperactivo

geoPlaneta 

RODRIGO FÁEZ

La mochila lo es todo

Crónicas
de un periodista
hiperactivo

LA MOCHILA LO ES TODO — Crónica de un periodista hiperactivo

1.ª edición

geoPlaneta

Diagonal 662-664. 08034 Barcelona

info@geoplaneta.es — www.geoplaneta.com

© Editorial Planeta, S.A., 2025

© del texto: Rodrigo Fárez, 2025

Realización: Planeta

ISBN: 978-84-08-30976-5

Depósito legal: B. 12.497-2025

Impresión y encuadernación: Black Print

Printed in Spain — Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



SUMARIO

Introducción	7
1. Un DNI falsificado, el pico de heroína y los ochos	11
2. Sidras, <i>kalimotxo</i> y quedarse en blanco delante del micrófono	21
3. Pedrerol, el Kun Agüero y una mochila	39
4. El adiós de Josep, la amenaza ultra y decepciones varias	57
5. El salto a Gol Televisión y la guerra Mourinho-Guardiola	69
6. Messi, Ibai Llanos y la doble entrevista a Cristiano Ronaldo	85
7. Mi primer Mundial, los nazis, cómo fichamos a James para el Madrid y una fiesta por Belo Horizonte	93
8. El lado oscuro del éxito, otra de Ibai Llanos y los egos del periodismo	105
9. Inicio en YouTube, el veto de la Serie A y una negativa que me cambió la vida	119
10. La nube negra, la entrevista con Cristiano Ronaldo y fin de un ciclo	139
11. Rusia 2018, la nueva era y la oportunidad de trabajar con Leo Messi	159
12. El fichaje por ESPN, un viaje a Bérgamo y el COVID-19	179
13. El poder de las redes sociales, la granja de Cote y el factor Borja Iglesias	195

14. El <i>chill guy</i> Huijsen, la sonrisa de Morata y la amistad de Álvaro Fidalgo	205
Despedida y cierre: los bises	221

CAPÍTULO I

UN DNI FALSIFICADO, EL PICO DE HEROÍNA Y LOS OCHOS

Gijón es para mí el mejor sitio del mundo. Es una ciudad de 280 000 habitantes que lo tiene todo: buen paisaje, playa, una comida extraordinaria, lluvia, mis amigos, el Xixón Sound, la mejor radio local del mundo, el Sporting y mi familia. Hay muchas más cosas, pero tampoco quiero hacer un *spoiler* integral de lo que el visitante se puede encontrar. Lo mismo me pasa con Asturias, que es la tierra que lo envuelve todo: el verde, el aroma del mar, las vistas desde lo más alto de los Picos de Europa, Taramundi, Luarca, Llanes, Salas, La Pola... No hay día en el que no quiera volver al sitio que me vio nacer. Y lo echo mucho de menos, la verdad. Cada vez que vuelvo a Madrid me entra una pena tremenda por todo lo que dejo atrás. Es mi lugar en el mundo y así seguirá siendo. Seguramente porque allí me enseñaron lo bueno y lo malo de una vida que ha tenido de todo y ha sido el mejor aprendizaje posible.

Echando la vista atrás, creo que tuve una buena infancia porque viví de todo. Desde épocas tranquilas hasta otras que se alargaron y han moldeado un carácter que, lo admito, seguramente no sea el más manejable, pero sí el más adaptable. Porque quien escribe no es el mismo que creció en las calles de la capital de la Costa Verde. Entonces era alguien que saltaba a la mínima y cuya hiperactividad le costaba muchos disgustos en forma de frustraciones en momentos de crisis total. He conocido la pausa, he apren-

dido a reciclar esos ímpetus y, sobre todo, me las he arreglado para interiorizar que lo que no depende de mí no me tiene que afectar tanto. Es difícil, pero he mejorado con los años.

Crecí con el cierre de las minas, con las protestas de Naval Gijón, con los infinitos recortes en empresas locales, con las huelgas de los trabajadores, con problemas sociales que se han ido mitigando (que no desapareciendo) y con una ciudad que ha sabido reconvertirse de la mano de una Asturias cuyo espíritu de lucha dejó una huella perenne en mí. Gracias. Cada uno tiene unos orígenes, y estos son los míos. Siempre admito que eso me hizo ser mejor periodista, por la raza que tanto se necesita para abrirse paso en este oficio. Y más ahora, cuando lo habitual es mandar *e-mails*, mensajes directos o de WhatsApp para enviar el currículum vitae desde el ordenador o el teléfono móvil. Me da la sensación de que, como crecí entre la vieja guardia y las nuevas plataformas, esa ansia de buscarme la vida me empujó a abrirme puertas que en otro momento habría sido imposible atravesar.

Muy al contrario de lo que las apariencias puedan indicar, crecí en una familia de clase media. Odio a la clase media con todas mis fuerzas: ni identidad, ni pertenencia. Porque tanto la clase trabajadora como las altas esferas saben perfectamente lo que hay, pero la clase media no. La clase media tiene ínfulas de crecer, de separarse de los de abajo para ser como los de arriba. Es como estar en un bar donde quieres escuchar Coldplay porque es *trendy* pero te ponen Oasis, que es mucho más auténtico y un puñetazo de realidad. Como todo en esta vida, la clase media tiene muchos matices. Hay familias que gozan de mucha estabilidad y otras que no. Sinceramente, no sé dónde está el punto de la mía. No recuerdo una época prolongada de tranquilidad, eso sí. Lo cual, en la actualidad, me sirve para

naturalizar ciertas situaciones en las que lo normal sería perder los nervios. Además, con los años he ido desarrollando un pasotismo extremo para evitar líos que hace tiempo me habrían llevado por delante. Ahí la familia ha sido clave. Porque, con la cantidad de problemas que he visto en casa, todos hemos crecido de la mano para enfrentarnos a todo tipo de mierdas. No exagero: os aseguro que hemos vivido de todo.

Pero empecemos por el principio. Mis primeros recuerdos me retrotraen a tres mudanzas hasta llegar a la casa donde todavía viven mis padres. Esas memorias también me llevan al estadio de El Molinón, a una sidrería del mismo nombre, a un pueblo que se llama Boal y a varias ferias («los caballitos», como decíamos en casa). Mis abuelos por parte de madre eran feriantes. De esto sí que me enorgullezco porque, de la nada, consiguieron crear una identidad propia para que tanto a mis tíos como a mi madre no les faltara, casi nunca, de nada. Con mil problemas, pero salieron adelante. Cuando íbamos a verlos a La Felguera, a Pola de Lena, a Langreo..., era increíble. Yo, que apenas levantaba dos palmos del suelo, disfrutaba de todo: hablaba con los trabajadores que montaban las atracciones, me metía a vender *tickets* en la taquilla para «ayudar» a mis abuelos, me montaba en el Saltamontes con mi hermana, me escapaba para ver a los Suárez, me encontraba a mi tía Paula mimetizándose con el gentío... Era divertido. De hecho, era lo más parecido a Eurodisney que conocía. Y el matiz oscuro que aportaba el sector convertía la rutina en algo alucinante para un guaje como yo. Porque la feria era una locura diaria a todos los niveles. Recuerdo entrar en la caravana de mis abuelos para escuchar los líos de mi abuelo Eulogio con otras familias: «Si pegas primero, pegas dos veces», me decía cada poco. Seguramente no era el entorno ideal para mi hermana y para mí, pero me encantaba. Era

una pequeña jungla, pero era *su* jungla. Y a la orden del día estaban las jugarretas que se hacían unas a otras las familias de los feriantes, con eventuales alianzas entre algunas de ellas. Aquello era salir de la zona de confort porque, sobre todo en «Les Cuenques» (así llamamos en Asturias a las Cuencas Mineras del Nalón y del Caudal), la situación no era fácil: las protestas por el cierre de las minas, las prejubilaciones, el paro, el alcoholismo, la drogadicción... Había problemas muy serios a la vuelta de cada esquina. Observar aquello con apenas cinco, seis, siete años era duro. Sin ir más lejos, y volviendo a mis primeros recuerdos, tengo en la mente dos imágenes grabadas a fuego: mi abuelo volviendo con un palo en la mano, como Clint Eastwood en *Gran Torino*, después de ajusticiar solo él sabía a quién (aunque a lo mejor era fruto de mi imaginación y simplemente venía de colocar una pieza del camión) y, esto sí que es más grave, un trabajador del Saltamontes metiéndose heroína en el tobillo. Ahí no había interpretaciones que valieran. Porque así me lo confirmó:

—Nunca te drogues, que la droga es muy mala, chaval.

Aquello me marcó. Puede que esa escena fuera el inicio de todo, porque mi curiosidad me llevó a preguntarle a Manolo, el hermano de mi abuelo. Y él, sin ningún tipo de filtro, me respondió:

—Eso es la vida, Rodrigo. Nunca hagas el pijo —sentenció.

Y allí me dejó, a los pies de la caravana, mientras mi familia hablaba de sus cosas y un politoxicómano me guiñaba el ojo sin dejar de trabajar. *Deluxe*.

Mi otra rama de la familia, la paterna, era más normal. Mi padre se crio en una pequeña aldea del occidente asturiano llamada Roxius (Rojinos en castellano). Allí creció con mi abuelo (que falleció al poco de nacer yo), con mi abuela Benilde y con mis dos tíos Roberto y José Luis.

También buena gente en esa rama de la familia, aunque tuvieron la oportunidad de cursar estudios técnicos y dedicar su vida a tareas más relajadas.

Y de ese tipo de oportunidades va la cosa. Porque el periodismo también se basa en aprovechar esos momentos que te brinda la vida para alcanzar tus objetivos. El mío no era otro que ser futbolista del Real Sporting de Gijón. Siempre fui socio, y cada quince días iba a El Molinón para ver los partidos del Sporting. No me tocó, por muy poco, la última etapa del Sporting en la desaparecida Copa de la UEFA, pero disfruté de los Ablanedo, Juanele, Joaquín, Jiménez, Stanic y compañía. Se me caía la baba. Eran mis ídolos. Aquí agradezco a mi familia no intoxicarme con otros equipos. Desde pequeño siempre lo tuve claro, como todo mi entorno: mi primer equipo siempre fue el Sporting, y el segundo, el Sporting B. Nada más. Orgullo, «asturianía» y pertenencia. Eso es Gijón. Es importante remarcarlo. Porque desde que llegué a Madrid siempre me han hecho la misma pregunta:

—¿De qué equipo eres?

—Del Sporting —respondo.

—¿Y luego?

«Pues de tu puta madre», me dan ganas de responder siempre. La absurda manía de buscar un segundo equipo para ver si tiras más hacia el Real Madrid o el Barcelona, porque el matiz viene por ahí. Lo peor de todo son las miradas de condescendencia de la mayoría, en plan «pobre asturianín que no sabe lo que es bueno». Eso lo he notado tantas veces... Y ojo porque a mí me importa poco que alguien sea de un equipo bueno, malo o regular. La grandeza la decide cada uno. Y la mía es seguir fiel a unos colores que siempre me acompañarán allá donde vaya. Lo puede confirmar mi pareja, Irene, que al principio de nuestra relación se rio cuando le dije:

—Mira, solo te pido una cosa... Los partidos del Sporting son innegociables. Y juegan una vez a la semana, ¿vale? Respetando eso, no habrá problema.

Ella asintió riendo como preguntándose con qué clase de friki se había enrollado. Pero cuando nos casamos por lo civil —otra primicia del libro, estamos casados en secreto—, le hice firmar en broma un papel por el que se comprometía a dejarme ver los partidos del Sporting de aquí a la eternidad. Sí, muchas risas, pero lo firmó, ¿eh?

Siguiendo con el amor al Sporting, en ocasiones viajábamos para ver al equipo lejos de Asturias, y yo no podía pensar en otra cosa: fútbol, fútbol y fútbol. ¿Qué ocurrió? Que el físico da para lo que da: con dos palos por piernas y menos resistencia que una mosca, tenía que dedicarme a otra historia. Lo que le ocurre a casi todo el mundo con esas mismas aspiraciones. Jugué en varios equipos de la zona, pero el nivel era tan bajo que seguí el camino de los estudios, algo que les recomiendo incluso a aquellos que sí tienen condiciones para jugar al fútbol profesional, porque nunca se sabe dónde puede acabar uno.

Llegó la adolescencia y vi un cartel en el centro de Gijón que decía: «Escuela de comunicación y periodismo: ¡ven y trabaja con nosotros!». Yo tenía quince años. Por entonces mis únicas aficiones eran jugar al fútbol con mis amigos y grabar películas de terror con un par de vecinos, Sergio y Javi. Poco más. Sin embargo, aquel cartel me despertó el gusanillo, así que me fui hasta la calle Espronceda a preguntar.

Me llevó mi madre, que habló con uno de los hermanos Canteli, los organizadores. Nos prometían una buena formación, un curso acelerado de comunicación y prácticas en una televisión local que estaban creando. Era un reto enorme, y más a esa edad, a la que mis amigos estaban a sus cosas. De hecho, en mil ocasiones me planteé si no estaría

empezando demasiado pronto y quemando etapas futuras. Mil veces me lo pregunté en interminables noches en las que me costaba pegar ojo. Pero desde pequeño tenía muy claro lo que quería: al menos, probar a trabajar en un sector que me fascinaba.

Empecé a los pocos días, y el tutor me dijo que a mis quince años no entraba en el marco legal para hacer el curso. Se me vino el mundo encima.

—¿Y eso? —preguntó mi madre a uno de los Canteli.

—Pues que hay que tener dieciséis años.

Mi madre no le dio mucha importancia y, sin que ella se enterase, le dije a Canteli que había un error y que al día siguiente se subsanaría. Mi lado oculto empezó a funcionar. Rápidamente hablé con Héctor, un antiguo compañero de clase, y le pedí el contacto de Tino. El tal Tino se dedicaba a «cosas turbias», así que le encargué que me falsificara el DNI. La excusa que se me ocurrió para los Canteli fue que mi carnet de identidad, el que había entregado, tenía mal la fecha de nacimiento. «¡Brillante!», que diría Spielberg. El caso es que Tino, sin ponerse colorado, escaneó mi DNI, cambió la fecha, lo imprimió a color, lo plastificó y, con sus santos cojones, me lo entregó con un «Ahí lo tienes, *crack*». Aquello era la obra de arte peor hecha que vi en mi vida. Como el *Ecce Homo* de Borja o *La madre de Whistler* falsificada por Mister Bean. De todos modos, lo entregué a ver si colaba. El tutor me guiñó el ojo y dijo: «Creo que valdrá...». Tuvo que estar riéndose cinco meses, pero conseguí empezar el curso.

Durante aquel tiempo aprendí a grabar con la cámara, a editar, a realizar y a montar una unidad móvil. Nada parecido a lo que hago en la actualidad, pero me sirvió para desarrollar la empatía. Y esto lo subrayo porque, en comunicación, la empatía suele brillar por su ausencia. Siempre tengo presente aquella etapa a la hora de ayudar a los téc-

nicos, porque sin ellos los que estamos delante de las cámaras no somos nadie. Me gusta echar una mano para llevar el trípode, hacer las pruebas cuando los técnicos me lo piden, no poner mala cara si tengo que repetir alguna grabación o aguantar con ellos hasta que recogen sus cosas antes de irnos todos a casa. Somos un equipo, pero no todo el mundo lo tiene claro. El último capítulo a este respecto lo viví hace pocos meses, cuando un productor me contó cómo le trató un famoso narrador: «Todo fueron indirectas, un par de gritos y malas caras. Me hizo sentir como una mierda». Da igual la generación a la que uno pertenezca: te encuentras cretinos en cada esquina. Y falsos humildes cuya imagen parece impoluta y luego resulta que son iguales que todos.

Volviendo a aquella época, terminé como técnico en Televisión Centro, que era el canal local donde me prometieron hacer las prácticas. Cumplieron. Y aprendí de todo. Tenía que pillar dos autobuses y un tren, hacer un transbordo y dar un paseo de diez minutos para llegar al lugar de trabajo. De aquella me parecía un mundo, la verdad. Llegaba a Pola de Siero, una localidad situada entre Gijón y Oviedo, y era yo el que abría el piso donde estaba la sede de la televisión. Encendía los equipos, levantaba las persianas, fregaba el baño (esto era voluntario, ojo) y me ponía a editar el material grabado la tarde anterior. Disfrutaba porque, aunque fuera poco, lo veía como una oportunidad de futuro. La televisión fue creciendo hasta que compraron (o alquilaron, lo desconozco) una unidad móvil: *grosso modo*, dícese del camión que contiene un montón de aparatos para retransmitir en directo un programa. Cuando pensaba que me iban a poner como operador de cámara de plató en la discoteca que habían alquilado para la realización de un *show*, llegó una hostia de realidad: «Ponte a hacer ochos». ¿Qué narices era «hacer ochos»? Me hice el

listo pensando que sabía qué era «hacer ochos». Le di vueltas durante media hora. Me fui a dar un paseo para airearme y llegué a pensar que era una forma de despedirme, hasta que un portugués que vino con la unidad móvil, Rui, me pilló del brazo y, en su portuñol habitual, me enseñó lo que significaba «hacer un ocho»: pillar los cables que unían las cámaras del plató con la unidad móvil y doblarlos en forma de ocho para que no se liaran. Ahí me teníais, un futuro periodista doblando cables en el techo de un camión bajo el sol y la humedad del verano gijonés mientras sus amigos hacían lo que se suele hacer con quince años. Y ni una queja.

En esa televisión seguí un par de años más, hasta que llegó el momento de tomar la decisión que cambiaría mi vida.